

MARIO MENDOZA

EL
MENSAJERO
DE
AGARTHA



EL PALACIO DE LOS
SARCÓFAGOS

DESTINO

**EL
MENSAJERO
DE
AGARTHA**

MARIO MENDOZA

EL
MENSAJERO
DE
AGARTHA

EL PALACIO DE LOS
SARCÓFAGOS

ILUSTRACIONES
BOOK AND PLAY STUDIO

DESTINO

© Mario Mendoza, 2024

© Editorial Planeta Colombiana S. A., 2024

Calle 73 n.º 7-60, Bogotá
www.planetadelibros.com.co

Diseño de cubierta e ilustraciones: © Book and Play Studio, 2024
bapstudio.co

Óscar Abril Ortiz, Alejandro Amaya Rubiano

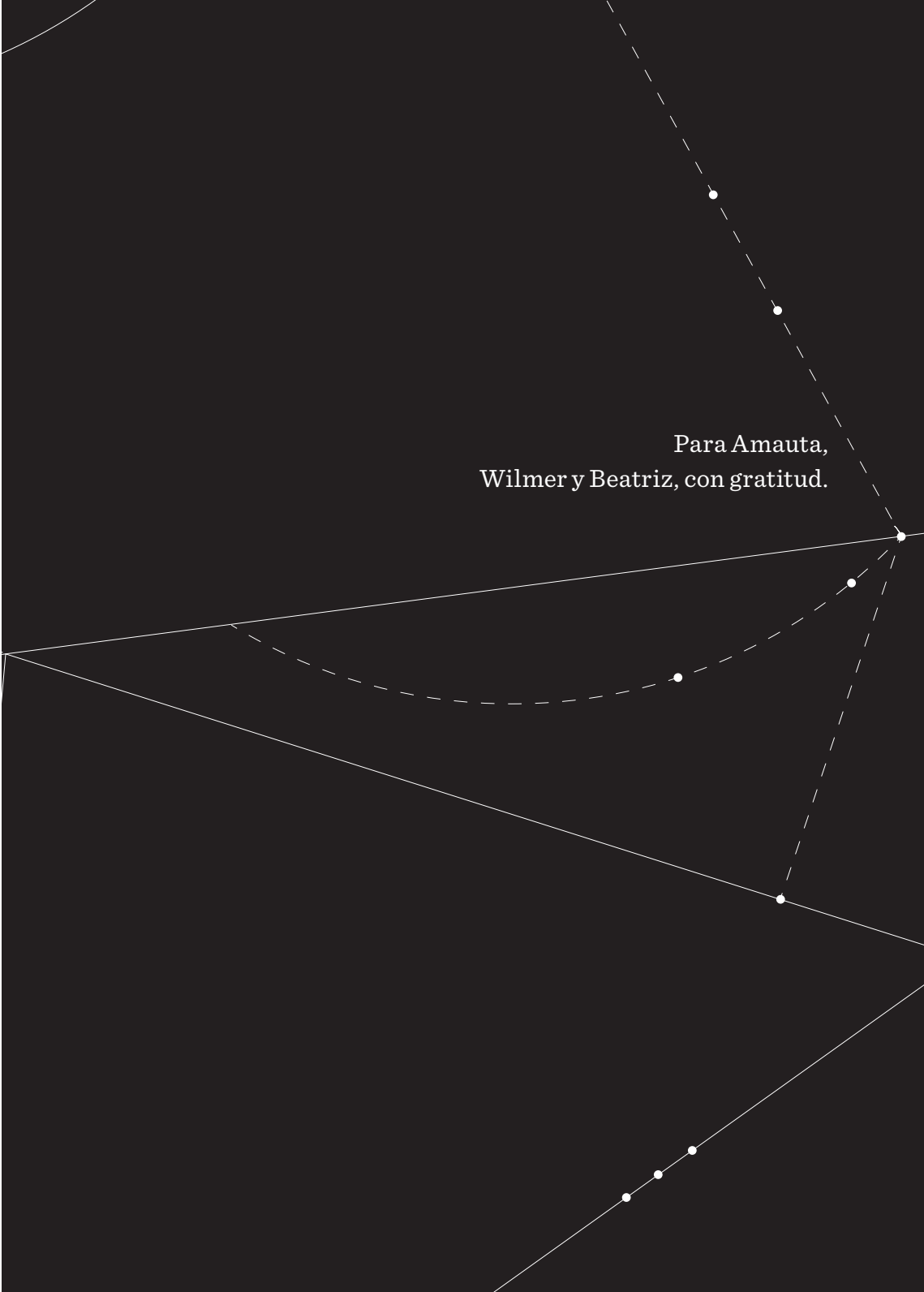
Primera edición: julio de 2015
Primera edición en esta presentación: agosto de 2024

ISBN 13: 978-628-7579-55-2

ISBN 10: 628-7579-55-2

Impreso por: xxxxxx
Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

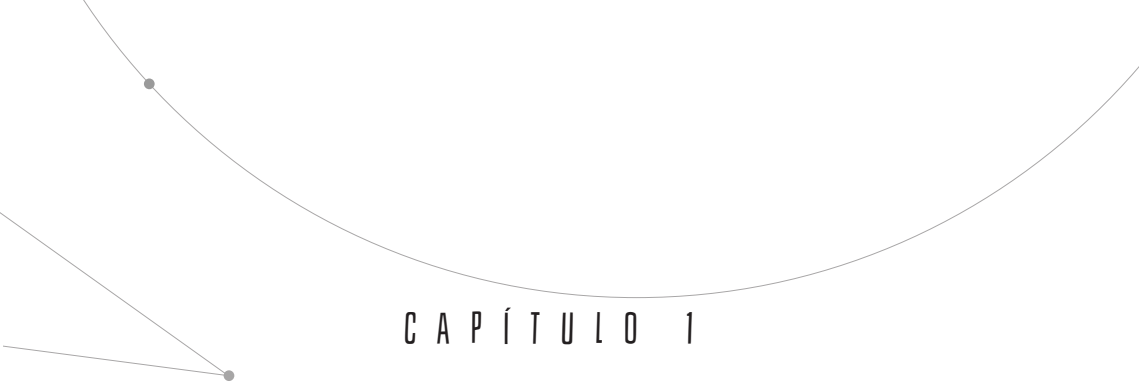
An abstract geometric composition on a dark background. It features several thin white lines, some solid and some dashed, intersecting to form various shapes. Small white dots are placed at several of these intersections and along the lines. The overall effect is minimalist and architectural.

Para Amauta,
Wilmer y Beatriz, con gratitud.









C A P Í T U L O 1

MAGIA

Después de mi viaje a México tuve la extraña sensación de haberme quedado en una dimensión intermedia, como si los demás cumplieran una rutina en un mundo cercano, muy próximo, pero diferente del mío. Yo también tenía que comer y dormir, e ir al colegio, pero la verdad era que mi realidad no se parecía en nada a la del resto de la gente. Era un niño, sí, una persona que para los adultos pasaba casi siempre inadvertida, pero lo cierto era que había aprendido a viajar a otros tiempos y otros lugares. Mis sueños eran desplazamientos a otras épocas, visiones, advertencias. A veces veía el futuro, a veces el pasado. Por momentos también me iba de clase, mi mente se fugaba y escuchaba conversaciones de seres que me indicaban, me aconsejaban, me explicaban. No sé cómo no me volví loco en esas semanas.

EL PALACIO DE LOS SARCÓFAGOS

Una noche, investigando en la red sobre otros contactados, sobre individuos alrededor del mundo que hubieran recibido mensajes para transmitírselos a la humanidad, me tropecé con un dato increíble: en la India, hacia 1957, un funcionario público llamado Nek Chand empezó a oír voces que le sugerían que construyera un jardín enorme, gigantesco. Le fueron llegando imágenes de seres delgados y alargados que él empezó a dibujar en un cuaderno. Entonces se puso en la tarea de recoger materiales de deshecho, cerámicas, latones, cordones, botellas, y empezar con ellos una gigantesca empresa de esculturas y diseños de gran envergadura. Como los lotes cercanos eran una reserva natural, tuvo que hacerlo en secreto. Y durante dos décadas estuvo armando, diseñando, dibujando, esculpiendo su jardín extraordinario. Hoy en día son varias hectáreas de cascadas, pasadizos, laberintos y esculturas surreales que van y vienen por las orillas de un riachuelo.

Cuando vi esas esculturas, esos seres de cabezas ovaladas y ojos rasgados, me quedé de una sola pieza. ¿Era Nek Chand otro mensajero? ¿Después de la Segunda Guerra Mundial habían elegido a ese funcionario público indio para construir allá, en Asia, un jardín del Edén y recordarnos a todos los hombres que nos estábamos alejando de nuestras cualidades más divinas?

Ahora, estaba por definirse si Edward James y ese hombre anónimo se habían conocido, habían sido amigos o incluso habían sido contactados al mismo tiempo. ¿Qué era lo que hacía James cuando salía de pronto de viaje y se iba para la India en uno de sus tantos viajes relámpago? ¿Se iba a encontrar con Nek Chand? ¿Intercambiaban



ideas, opiniones, diseños? ¿No era extraño, por decir lo menos, que justo al mismo tiempo dos hombres, en dos lugares tan curiosos del planeta, decidieran emprender la construcción de dos jardines mágicos salidos de lo normal? Porque a mí no se me pasaba por alto que México y la India eran culturas con pirámides antiguas, de rasgos similares, cuyas comidas y especias eran picantes, cuyos chamanes y santones practicaban los mismos viajes a otras dimensiones de conciencia. ¿Eran los jardines de Edward James y de Nek Chand portales, puertas de contacto, pasajes para poder comunicarnos con esos otros seres que estaban intentando salvarnos de nosotros mismos?

En esas andaba, leyendo sobre el jardín de Chandigarh, cuando un buen día en el colegio nos avisaron que teníamos un nuevo profesor de Literatura. Las expectativas eran altas. Los rumores decían que el tipo en cuestión era increíble. Una de nuestras compañeras lo había visto en rectoría el día de la entrevista, y nos contó que parecía como un marinero o algo por el estilo. Llevaba el cabello hasta los hombros, la barba larga y poblada, y usaba una chaqueta gruesa hasta más abajo de la cintura. Se llamaba Eduardo.

A las once de la mañana lo vimos cruzando el patio del colegio. En efecto, era un tipo raro, como salido de otra época. Caminaba sin mirar hacia el frente, ensimismado, ido, como si estuviera pensando en quién sabe qué. Entró al salón, se quitó la chaqueta, no nos saludó ni se presentó, abrió un libro y antes de empezar a leer, nos dijo:

—Mucha gente defiende la lectura creyendo que da cultura, que aporta datos, que informa, que enseña. Sin duda ese



es uno de los aspectos relevantes que tiene la lectura, pero es el menos interesante. Y hay que hacer una distinción entre leer ensayo, historia, filosofía o antropología, y leer literatura. Porque la literatura no pertenece solamente al pensamiento racional. Leer un poema o una novela es, ante todo, una praxis mágica. Un cuento o una obra de teatro son conjuros, encantamientos, exorcismos. Es distinto leer tratados sobre la guerra civil española, enterarse de las cifras, de las decisiones que tomaron sus protagonistas, consultar cómo se fueron desenvolviendo los hechos, a leer, por ejemplo, *Por quién doblan las campanas*, la excelente novela de Hemingway sobre esa guerra. En la segunda lectura no solo me entero de las circunstancias de la guerra, sino que me transformo en uno de sus protagonistas, estoy allá adentro, vivo los hechos, los sufro, los padezco, lloro, celebro, huyo, me hundo y me deprimo. ¿Cómo puede suceder todo esto? ¿Cómo es que salgo de mí y me transformo en otros?

En este punto de su discurso, Eduardo abrió los ojos, caminó hasta la ventana del salón y agitó su mano derecha en el aire, como si estuviera repitiendo los movimientos de alguna danza sagrada.

—Porque la literatura es, ante todo, un ritual, un secreto de mutación de alta intensidad, una práctica que pertenece al orden de la magia y la hechicería: se trata de salir de sí mismo, viajar por el éter y encarnar en otros, tomar su cuerpo por asalto y vivir otras vidas. Es una práctica vampírica.

Tomó aire, se hizo un silencio largo (podía escucharse en el aire el aletear de una mosca), y después empezó a caminar por entre los pupitres. Su sola cercanía me produjo escalofríos.

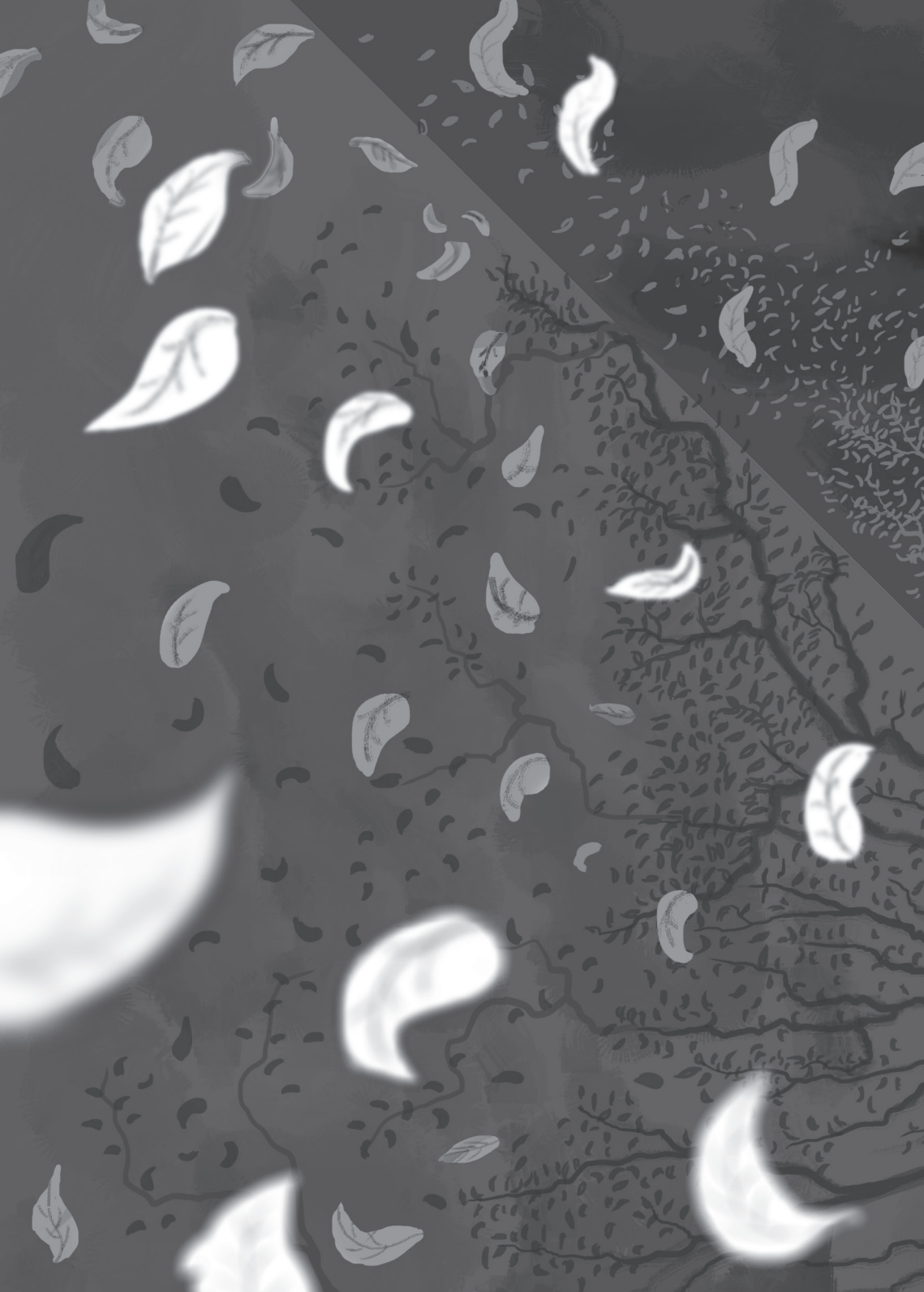


—En esta clase no me interesa que comprendan ni memoricen nada. Lo que espero de ustedes es que sean capaces de experimentar la extraña sensación de convertirse en otros. Más que contenidos históricos o de teoría literaria, lo que me propongo es iniciarlos en un misterio: el yo no es una identidad, como nos han hecho creer, sino una zona de fuerza, un campo magnético que podemos dirigir en una dirección o en otra. La literatura atesora muchos de esos secretos. Una clase como esta no debe ser una conferencia sobre géneros, autores y fechas. Una clase de literatura debe ser, ante todo, una experiencia estética, es decir, un estremecimiento, una conmoción de todo el sistema nervioso central.

Eduardo se detuvo y se hizo justo frente a mí. Elevó el tono de la voz, como si se estuviera dirigiendo a un auditorio en un teatro al aire libre, y nos dijo mirándonos a todos fijamente:

—Como los oráculos de Epidauro o de Dodona, como las brujas de Zugarramurdi o como los chamanes de los desiertos mexicanos o de la selva amazónica, la literatura pertenece al orden de los rituales iniciáticos de transformación espiritual. Salimos de nosotros mismos e ingresamos en los cuerpos de asesinos, de héroes, de marineros, de sacerdotes, de prostitutas, de transexuales, de presidiarios, de místicos. Luego regresamos a nuestro cuerpo, a nuestra psique, pero ese viaje ya nos ha transformado, ya nunca más volveremos a ser los mismos. Por eso el que lee literatura guarda en el fondo de sí una fuerza extraña, curiosa, mira de otro modo, percibe de manera caleidoscópica, sabe que la realidad es un juego de espejos que permite movimientos de fuga. El lector literario es un aprendiz de brujo. Y se le nota. En cualquier momento se va,







huye, desaparece. Basta con que tenga un libro en la mano para que pueda escapar a otro tiempo, a otro lugar, y encarnar en otros seres. El lector de literatura es un vampiro que siempre está en busca de otro cuerpo.



Caminó de nuevo hasta pararse junto al tablero, bajó el tono de la voz, como si nos estuviera comunicando un secreto que nadie más debía saber, y nos dijo:

—Una clase de literatura no es una clase de cultura. Una clase de literatura solo la pueden dar hechiceros, y en ella el adepto es arrastrado por la emoción hasta el arrebató místico, hasta el delirio sagrado. Una clase de literatura pertenece, en realidad, a los misterios dionisiacos, y es un problema de ángeles, de súcubos, de espíritus protectores, de bacantes, de demonios, de animales de poder. Por eso las verdaderas clases de literatura son tan peligrosas. Y a eso es a lo que nos vamos a dedicar en este curso.

Entonces empezó a leer una escena de un autor español llamado Juan Trejo, un cuento de naves intergalácticas que se posan en el cielo, sobre la tierra, y que obligan a los hombres a repensarse, a mirarse a sí mismos de otro modo.

No lo pude evitar y los ojos se me llenaron de lágrimas. Nunca había tenido un profesor así, alguien que hablara de esa manera, con tanto amor por la literatura. Y supe, enseguida, que el mundo era más sorprendente y extraordinario de lo que la mayoría sospechaba, y que mis experiencias eran la prueba contundente de ello.



